

 **Páginas
Ilustradas**
Revista · Semanal



San José, Costa Rica
América Central
Fundador y Propietario:
Próspero Calderón
Editor y Admor.:
Francisco Calderón

Año VII 227 N.º 264

Costarriqueñas

Los portales lugareños

Dice ñor Pérez:

*“Los encerados pa las montañas,
trelos á priesa, con los pastores;
allí un cerquito con dos cabañas,
y aquí cojombros que den olores.”*

*“Alli la Gloria in excelsis Deo,
el sol bien puesto junto á la luna;
cambiá el molino, se ve muy feo,
poné el espejo pa la laguna.”*

*“Hora el pisebre, pos es de noche;
guindá las cidras y las toronjas. . .”*
—Hay luz de velas en gran derroche
y entre un rebaño se ven diez monjas.

*Todo termina, ponen el paso:
(santos de leño muy regordetes),
y los vecinos saben el caso
con el estruendo de dos cohetes.*

LISÍMACO CHAVARRÍA

ENRIQUE BENAVIDES

Su zapatería, acreditada por su excelente material y fina confección, ofrece á su numerosa clientela grandes novedades en el ramo.

Panaderías Cubanas

La Habanera

— Y — La Espiga de Oro

— DE — José María Odio G.

En esas acreditadas panaderías obtiene el cliente buen pan y trato fino de los dependientes.

Una visita os convencerá.

Bruxelles, Belgique.

26 Rue de Parme.

Señoritas Mennig

Pensión para señoritas que deseen aprender Francés, Música, Pintura, Corte, Costura, arreglo de Sombreros, etc.

DIPLOMA OFICIAL

**Altas Referencias
Precios Moderados**

La oficina de

PÁGINAS ILUSTRADAS

estará abierta diariamente:

de 7 á 8 y de 11 á 12 m. y de 5 á 9 p. m.

La Correspondencia debe dirigirse al Administrador.

AMÉRICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
NOVIEMBRE de 1910



Símbolo de Progreso

Ninguna otra revista española es tan progresista ni tiene ideales tan elevados como AMÉRICA. Ninguna otra revista en español podrá proporcionarle el placer y recreo beneficioso que recibirá Vd. de AMÉRICA.

Compre el último número en una librería. Números sueltos se hallan á la venta en las principales librerías, kioscos y establecimientos en que se venden publicaciones, á 20 ctvos. oro el ejemplar. Compre ahí un número hoy, ó pídale á los editores.

The América Company

Metropolitan Tower

New York, E. U. A.

La novela conyugal de Tolstoy referida por su cuñada

Traducido para *Páginas Ilustradas*

Tenía yo veinte años cuando ví por primera vez al Conde León Nicolavitch. Su hermana María, casada con un pariente mío lejano, pasaba los inviernos en Moscow. En su casa me encontré con los dos hermanos Tolstoy, León y Nicolás. Se parecían mucho, sobre todo por la expresión dulce y profunda de la mirada. Los dos jugaban con nosotros y nos contaban historias; pero León, arrastrado entonces por la vida mundana, no aparecía sino de cuando en cuando.

Era poco después de la guerra. Los episodios del sitio de Sebastopol nos apa-

mente: ¿Dónde encontrar esa frescura de ideas, esa despreocupación, esa necesidad de ternura que colman el alma del niño? ¿Cuál edad de la vida puede ser mejor que ésa en que las virtudes más puras son los resortes que nos impulsan á la acción? ...»

Nuestra hermana mayor, Lisa, que era de un carácter calmoso y frío, escribió en la misma página del álbum:

—«¡Qué tonta eres, Sonia!»

Las visitas de León Nicolavitch eran siempre inesperadas, á veces muy breves y á veces muy largas. En ocasiones se le invitaba, y no llegaba; otras, sin estar



sionaban. León llevaba todavía el uniforme y con gusto hablaba de sus recuerdos, interrumpiéndose amenudo para decir:

—Así es, hijos míos, así es ...

Nadie le escuchaba con más atención que mi hermana Sonia. La que debía llegar á ser más tarde su esposa admiraba en él, sin sospecharlo, al autor de *Infancia y Adolescencia*. Había copiado en su álbum esta frase de él, que ella admiraba especial-

mente, aparecía de pronto, á cualquier hora. Su conversación tenía para mí un interés particular. Todo le interesaba; afable con todo el mundo, jóvenes y viejos, y aún con los sirvientes, cautivaba la atención por el encanto de su bondad. Era la época en que escribía en su diario íntimo: «Un medio poderoso de llegar á la felicidad, es el tender al rededor, sin ninguna regla pero de todos lados, una

especie de gran tela de araña que retenga todo lo que pase, una vieja, un niño, un doméstico . . . »

Uno de sus temas principales era la instrucción primaria y las dos escuelas que organizaba entonces con entusiasmo en su casa de Iasnaia-Poliana. Me acuerdo también de una lectura hecha por él en alta voz, una noche, del *Primer Amor* de Turgueneff. Para que no me mandaran a mi cuarto—el tema era algo picante para una jovencita como yo—había fingido dormirme sobre un sofá. Después de la lectura se conversó. León Nicolavitch declaró entonces, no he olvidado sus palabras, que el amor de un joven de diez y seis años como el héroe de la novela, es el único sentimiento verdaderamente fuerte y puro de toda la vida. El amor del padre en la misma obra no era, según él, sino vicio y corrupción.

imperio de una tristeza que noté al punto. La pregunté:

—¿Amas al Conde?

Me respondió:

—No lo sé.

Era verdad, no lo sabía. Estaba conmovida, turbada.

Pero enseguida dos viejas ayanas alemanas hicieron correr el rumor de que el Conde venía a casa no por amor a Sonia sino a nuestra hermana mayor.

León Nicolavitch se creía feo y sufría con ello; amenudo me lo había dicho. Era que no sabía que atracción daba a su fisonomía la fuerza íntima de su pensamiento, ni cuál era, para otros ojos que los suyos, la dulzura penetrante de su mirada.

Fuimos a Iasnaia-Poliana; yo habitaba el aposento bajo de que León Nicolavitch ha hecho después su gabinete de trabajo



Por aquella época fué al gobierno de Samara, para hacerse una cura con *kumis* (leche fermentada preparada por el procedimiento Kirgiza). Le atormentaba una tos muy fuerte; había perdido dos hermanos del pecho. Ese viaje a Samara le hizo pasar por Moscow, donde le recibimos así como a dos de sus escolares de Iasnaia-Poliana que le acompañaban. La nueva visita dejó a mi hermana Sonia bajo el

y que el pincel de Repine ha inmortalizado. ¡Qué encantadoras impresiones despierta en mí todavía, a distancia, el recuerdo de los paseos organizados en los bosques vecinos! León hacía el *Zapevato* (solista) y todas nuestras voces le contestaban en coro. Me parecía entonces que la naturaleza que nos rodeaba, el sol poniente, la decoración de los árboles y del estanque, que todo no existía sino

para nosotros solos, y no había existido antes...

Un mes más tarde estábamos en casa de nuestro abuelo, en Ivitsy. León Nicolavitch llegó montado en un caballo blanco. Durante su permanencia allí presencié la siguiente escena: Una noche, después de que los jugadores de cartas habían abandonado su partida y pasado al comedor, me había escondido detrás del piano para no tener que cantar; de allí, olvidada de todos, divisé a León Nicolavitch sentado al lado de Sonia. Con tiza escribió en el mantel de la mesa: E. V. F. D. E. Q. Y. V. A. P. V. H. L.

Y agregé más abajo: D. A. Q. L. C.

Sonia descifró instantáneamente: «En vuestra familia dicen equivocadamente que yo vengo aquí por vuestra hermana Lisa. Desengañad á quienes lo creen».

Lo borró y escribió enseguida, siempre con sólo iniciales: «Vuestra juventud y vuestra necesidad de ser feliz, me hacen sentir vivamente mi edad y mi imposibilidad de ser dichoso».

En el mes de setiembre siguiente pidió por escrito la mano de mi hermana. Un día después, santo de mi madre, fué comunicado oficialmente el compromiso. Las felicitaciones de los visitantes disiparon el mal humor de nuestro padre, que hubiera querido casar primero á su hija mayor.

Paso sobre el período, siempre largo y penoso para los enamorados, que precedió

al matrimonio. Inmediatamente después de la ceremonia, los jóvenes esposos debían irse á Iasná-Poliana. Resultó de ahí que todas las camisas almidonadas de León Nicolavitch habían sido embaladas y puestas en el coche por su criado. Cuando quiso vestirse, no encontró ninguna y tuvo que mandar á buscar una á la casa. Este incidente retardó una hora más la ceremonia, que fué celebrada en el Kremlin, en la iglesia de la Corte.

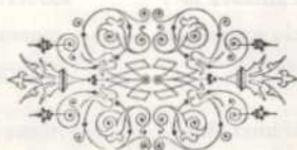
A media noche dejaba el coche la gradería de la casa. Los adioses de mi madre á mi hermana fueron más que dolorosos. León Nicolavitch hizo dulcemente sentarse á Sonia, toda en lágrimas; el criado cerró la puertecilla y los caballos se alejaron al ruido de los sollozos maternos.

Sonia me escribió después de aquellos tristes días. No podía hablar sino de su dicha, de su casa, del amor que la rodeaba á todas horas y en todas partes.

«Tengo miedo de pensar en el porvenir, decía. Ahora no es ya un sueño, como cuando era jovencita. Ve una su destino y teme perderlo. Tú me comprenderás cuando te cases».

Al mismo tiempo me escribía León Nicolavitch sobre la vida de Sonia, y cómo jugaba ésta á «grande» y á «señora». Y agregaba:

«Adiós, hija. Que Dios te dé una dicha semejante á la mía. No la hay mayor en el mundo...»





Abandonada

Ella era la tímida avecilla
que ensaya en la arboleda solitaria
el inexperto vuelo:
la dió sus galas la niñez sencilla,
su alma era luz, su voz una plegaria
y su mirada un cielo.

Dulce cadena de inocentes goces
fué su existencia, que llenó de encanto
la pródiga fortuna;
sus penas, nubecillas que veloces
surcan del aire el zafirino manto
sin dejar huella alguna.

Su corazón un día á los amores
se entreabrió con el cándido embeleso
de la pasión primera,
como á la aurora las nacientes flores
se abren temblando al misterioso beso
de tibia primavera.

Confiada entregó á su aleve dueño
las primicias de una alma enamorada,
ajena de traiciones;
más ¡ay! al despertar del grato sueño,
se encontró la infeliz abandonada,
sin honra ni ilusiones.

.....

Cuando el invierno su bramoso manto
sobre la tierra desolada extiende
como fúnebre velo,
y la avecilla interrumpiendo el canto
hacia otra playa hospitalaria tiende
el afanoso vuelo,

Ella también huyó desengañada:
los ángeles de Dios la arrebataron
al celestial palacio;
pero al subir á la eternal morada,
en el fango del mundo se quedaron
sus alas de topacio.

Belem

El Niño y la Madre, una mujer y un hombre, ambos dulzura y corazón, traídos al mundo para enseñar, morigerar costumbres, indicar la senda de lo bueno, noble, excelso y divino, ¡he aquí las dos figuras de la Epopeya Cristiana, que consuelan y alivian á millares de seres humanos, con la norma de su derrotero sobre el Planeta.

El Dios-Niño, nacido en el pesebre, en torno de la miseria, y mostrando con ello que las cunas de oro y de marfil, las sedas y perfumes del Oriente, no son sólo las que dan hombres de virtud, saber y valía.

La madre del Niño, humilde, sencilla, pura, enlazada con vararón de ningún nombre ilustre, patentizando, que las matronas reales y efectivas, son, exclusivamente, las de la abnegación y la virtud.

Familias privilegiadas tuvo Grecia, de igual suerte la soberbia Roma; mas la venida del Niño de Belem dió asiento de

granito á la igualdad, á la democracia bien entendida, reabriendo á la Humanidad el camino del progreso, más amplio y sin estorbos.

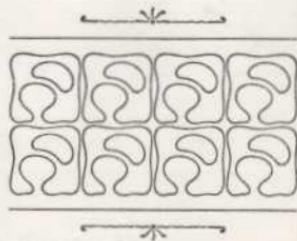
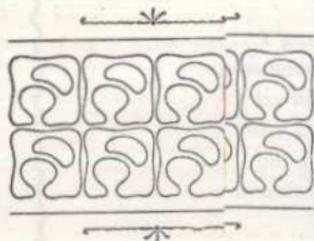
Salve á la Madre! Salve al Hijo, al Dios-Niño, que hoy celebra la Iglesia del Crucificado.

Tambores y cornetas, muñecos, mil y mil juguetes, recuerdan á los infantes, alegres y felices, el Niño de la epopeya; mañana . . . , ya jóvenes ó adultos, recordarán la cruz, el calvario, el cáliz, la agonía.

Gocen los niños hoy, como nosotros lo hicimos ayer; que bien quisiéramos hacer el goce no interrumpido, llevando el cuadro sólo tornasoles de bonanza sin resplandores de incendio.

ARTURO AGUILAR

24 de diciembre de 1910.



DE «LOS JARDINES DEL PECADO»

Esa mujer que hechiza con sus ojos de luna,
esa mujer que tiene boca de tentación,
boca de herida y crimen por lo sangrienta, y una
felinidad de tigre y dos pechos en flor;

esa mujer que ríe con áurea risa loca,
esa mujer que sabe la ciencia del amor
y vende en mil ducados un beso de su boca,
y es bella siempre,... siempre como madame Ninón;

esa mujer de lengua grata al placer divino,
ágil en la caricia y que tiene un sabor
de mar; esa mujer de cuerpo lácteo y fino,
quisiera llena de una sensualidad feroz
hundir gustosamente su puñal florentino
en cada vientre de hombre que se rinde á su amor.

En la seda blanquísima y ligera
de tu corpiño y entre verdes hojas,
dos grandes flores fieramente rojas
imaginaban una primavera.

Por sentir de esas flores los aromas,
y para mi placer y mi fortuna,
me incliné hasta tu pecho que era una
inefable prisión de dos palomas.

Y pasó que mis besos iniciaron
un poema de amor en tu corpiño,
y las blancas palomas se escaparon
entre las flores y hojas de esmeralda,...
y hubo en un elocuente desaliño
una deshojazón sobre tu falda.

LUIS ROSADO VEGA

«He aquí que ha llegado la noche nostálgica y triste,
la noche de mi alma que en sombras de luto se viste:
jardín que no tiene ni arrullos, ni trinos, ni flores,
y solo adunados recuerdos de dulces amores!

Mi Musa se ha ido. La musa jovial y sonriente,
que tenía nimbada de nácar y rosa la frente,
los ojos zahoríes de rica esmeralda,
y en sus bucles trémulos, oro, luz y gualda! . . .

He aquí que la noche ha llegado nostálgica y triste,
la Noche tan Buena, que en ella mi alma en sombras de duelo se viste.

En la Primavera se acaba mi vida, como flor de angustia
que deshojan los vientos, y muere esquelética y mustia.
Niño Dios, suspende un instante el rico derroche
de alegres sonrisas, y ven á ahuyentar la visión funeral de esta noche.
Ven, que yo te ofrezco ir al templo, á decir en tus aras,
mi canciones más dulces, más suaves, más raras . . . »

Y la noche ha llegado para él tan horrible y tan triste,
que le da compasión á la Muerte,
y su cuerpo, desnudo, de flácidas carnes, inerte,
con sus ropas eternas lo viste.

OSCAR PADILLA

Diciembre de 1910.



Noche Buena!...

**Cuasi poema
en varios ciclos.**

I

Feliz y alegre el infantil muñeco,
tras el cálido beso maternal,
se aduerme entre sus colchas, bajo el eco
del jolgorio que bulle ante el *Portal*...

Sueña la historia mágica del sueco
donde Saint Claus vaciará su morral,
encarrilando hacia un hogar ya seco
de esperanzas, el rubio manantial.

Vedle sonreír. La dicha en su semblante,
bañado en amorosa placidez,
cuaja en lirio de nieve cintilante
sobre la seda rosa de su tez.

Vuelve a soñar... Saint Clous viene triunfante;
y malicioso déjale a los⁴pies...



II

Resurrección del terruño,

Yo quiero de aguinaldo: una mansión tranquila
con su jardín, sus flores, su fontana, su Amor,
y su sol. En las noches, como abierta pupila,
en el cielo plateando de la luna el claror.

Y por toda la vida: un péndulo que oscila,
marcando en cada golpe una esperanza en flor.
Los besos de mi madre, que con voz de Sibila,
me traduce el misterio de la esfinge Dolor.

La dulce amada; el sueño de sus ojos, su risa
desmadejándose una y mil veces; la fe
de mis muertos abuelos, que Un Cristo inmortaliza,
y dos rubias cabezas de dos niños en que
Primavera derrama, saturado en la brisa,
el perfume de un mundo de que yo me alejé.



Dr. Carlos Alberto Uclés

Haciendo cumplida justicia á sus méritos relevantes de intelectual y de patriota, ha lanzado un grupo considerable de personalidades hondureñas la candidatura del Doctor don Carlos Alberto Uclés á la Presidencia de aquella República en el próximo período constitucional.

Páginas Ilustradas honra sus columnas publicando el retrato del distinguido hombre público que tanto enaltece á Centro América con sus talentos y virtudes.

Resonancias del terruño.

Por Ramón M. Quesada.

Últimos días de Cartago

Continuación

XIV

De una carta emocionante de mi amigo don Jesús C. Cubero, copio los siguientes párrafos, que reflejan la situación desesperada de una familia sometida á los rigores de la adversidad, y adviértase que no son los referidos los únicos casos trágicos, sino que los hubo por centenares, y que á medida que se vayan conociendo

por otros medios, agrandarán la silueta del dolor, que parece alzarse todavía de entre las ruinas de la antigua ciudad.

—«Aunque es muy triste relatar lo que usted me pide, debo hacerlo para cumplir con el encargo de un fiel amigo.

En la tarde del 4 de mayo, día de sus-
tos y zozobras por lo continuado de los

temblores, mi familia estaba sumamente preocupada, y en particular mi querida esposa, que tanto se desvelaba por complacernos a toda hora. Ocupábamos un pequeño rancho en el solar de la casa que habitábamos en compañía de la familia de don Guillermo Oreamuno E.

Durante el día alternábamos; á veces dentro de la casa, y otras en nuestra inmoda é improvisada vivienda.

Esa tarde, por el temor de algo grave que todo el mundo presentía, hasta por el aspecto raro del cielo, mi esposa impartió más temprano que de costumbre sus órdenes cotidianas, obligando á la familia á retirarse al rancho. Después de esas disposiciones invitó á Eduvigis, hija adoptiva, para ir á la iglesia de la Soledad, única que estaba abierta y en donde se celebraban las funciones de las hijas de María.

Como ella era tan religiosa, siempre asistía á tales festividades, y precisamente ese día con mayor razón, pues pertenecía á la asociación de MADRES CATÓLICAS, que tienen como patrona de ese culto á Santa Mónica: con tal motivo había cumplido con la prescripción de confesarse y comulgar, recibiendo así, por disposición divina, el sagrado viático para la eterna jornada, que pronto debía emprender, sin esperar lo.

Al regreso de la iglesia y cuando ya agonizaba la última claridad de la tarde, me encontré trabajando en la imprenta que yo tenía instalada en un cuarto de la casa; conversamos un rato sobre aquella situación anormal en que nos hallábamos, con tanta amenaza encima, y sin que hubiese esperanzas de que terminasen las violentas conmociones del suelo; luego, presa de la mayor nerviosidad, que en vano trataba yo de calmar con mis palabras, se dirigió al interior de la casa por el corredor, con la intención de irse á refugiarse en la choza del solar. Simultáneamente entraban don Guillermo y su señora doña Elena Flores de Oreamuno por el mismo camino, y se detuvieron todos á conversar frente al jardín. En ese instante se sintió la devastadora trepidación, y mi pobre Panchita, en vez de huir hacia el jardín como los demás, para librarse, movida de un sentimiento heroico, deshizo el camino para venir en mi auxilio, acompañando una voz de angustia al llamarme. Oír aquella voz penetrante, que era como el último adiós y quedar yo, que estaba

afanado en mi trabajo, preso por los escambros, todo fué uno. Al abrirse las paredes, el techo cayó á plomo, rápidamente sobre el piso, y ya no pude saber más de lo que pasaba á mi alrededor. Ignoraba que mi fiel y amorosa compañera, víctima del furor despiadado de la naturaleza, dormía ya el sueño eterno, bajo un grueso bloque de pared, á poca distancia de donde yo estaba.

Dichosamente mi hijo Víctor Manuel, en tan apurados momentos, cuando toda persona se ofusca y pierde el buen juicio, lo primero que tuvo presente fueron sus padres; corrió á socorrernos, y con la más desesperada actividad se empeñó en sacarme, ayudado por el generoso caballero don Francisco Gutiérrez C., á quien soy deudor de un inapreciable servicio cuando nadie estaba para atender quejas de extraños, sino para salvar primero á sus propios dolientes. Apenas me sentí libre de la prisión en que estaba metido, sin poderme mover, corrí apresuradamente con mi hijo á buscar á mi esposa, y juntos medio locos por su ausencia y su silencio saltamos de acá para allá entre los cañizos, los terrones y las tejas, y en ninguna parte lográbamos encontrarla: tal era la confusión y la oscuridad aumentada por el polvo. Don Guillermo y su señora, que también fueron maltratados por los maderos y los adobes, vieron el rumbo que ella había tomado hacia el interior y nos lo indicaron, y nosotros apagando las últimas voces de su indicación, con toda presteza pusimos manos á la tarea de encontrarla, cuando ¡oh dolor! hallamos su cadáver muy cerca de nosotros, pero, su espíritu ya muy lejos...! Esto fué á las 9 p. m., es decir dos horas más tarde de la catástrofe, horas que para nosotros fueron como dos siglos de desesperación.

La modesta habitación que habíamos improvisado, fué su estancia mortuoria, y allí la velamos, sirviéndole de único sudario la sombra aterradora de aquella noche inolvidable, y sin más compañía que la de nuestra amargura y nuestras lágrimas.

Cuando reaccionamos un poco de nuestro estupor, una nueva espina vino á clavarse en nuestras almas: notamos que Jehano, un pequeño huerfanito á quien habíamos recogido, no parecía por ningún lado. Lo buscamos en un lugar seguro,

donde él siempre se pasaba para estar listo á salir á cada temblor, y, nada. La fatalidad habia hecho que una señora le encomendase un servicio que le obligó necesariamente á pasar por donde encontró la muerte, sin que nosotros supiésemos dónde podría estar entre aquel hacinamiento de escombros, imposible de remover, sino hasta cinco días después que la cuadrilla de salvamento pudo dar con él é incinerarlo en el mismo sitio donde expiró: ¡Dios lo llamaba, como Padre Universal!"

—Este cuadro, sencillamente sombrío, en que se describe el triste fin de doña Francisca Rodríguez de Cubero, y del huérfano Jenaro, su hijo adoptivo, se puede decir, es el trasunto fiel del tormento en que estuvo toda una ciudad valiente y virtuosa, lo mismo que su doble recinto de barrios altivos y pintorescos y una importante villa, no merecedores, como cree el fanatismo medioeval, de castigos del cielo, sino predestinados á servir de útil advertencia al resto de la República, para precaverse de ulteriores cataclismos, que ojalá no se repitan nunca y dejen á nuestros descendientes gozar tranquilos de los dones espléndidos de este suelo amado, en el seno de la paz.

Consecuente con la tarea que me he impuesto de recabar informes, cierto le presente número con la atenta contestación á mi excitativa, que he recibido del señor Inspector de Escuelas de Cartago, que á la letra dice:

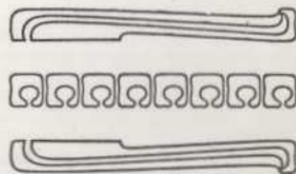
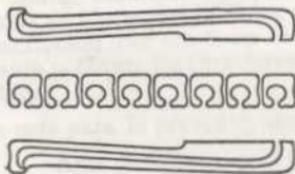
—“Apreciable amigo:— Por saludado afectuosamente, correspondo á su muy atenta de ayer. Sugerida la idea por mi

estimado amigo don Pedro Pérez Zeledón, tengo en proyecto hacer un trabajo relacionado con mis tristes recuerdos del 4 de mayo, y sólo espero estar un poco más desahogado para elaborarlo, y si lo mereciese, darle publicidad. Sólo por esta circunstancia privome del gusto de complacer á U. por ahora en lo que á ello se refiere.

En cuanto á edificios escolares fueron destruidos los siguientes: los 3 del centro, 2 en los Angeles, 2 en San Rafael, 2 en Cot, el del Llano, el del Hervidero, el de Concepción ó Tejar, el de Tobosi, el de Guadalupe ó Arenilla, los de San Nicolás ó Taras, el del Carmen ó Arrabal, el de San Isidro (Tierra Blanca), uno en Tierra Blanca y otro en Concepción de Tres Ríos. Al de ambas escuelas en la Unión, se les harán serias reparaciones. Es entendido que algunos edificios no cayeron del todo, pero sí han demandado más gastos, por ser indispensable su demolición.

Dejo así satisfechos en parte sus deseos y gusto me suscribo su affmo. amigo y s. s.,—FED. QUESADA.”

—Por los datos que anteceden se podrá juzgar de la enormidad de la pérdida material, pues casi la totalidad de los edificios destruidos eran obras nuevas levantadas desde 1886 para acá, por las respectivas Juntas de Educación con la cooperación de los vecindarios, y en algunas partes con el apoyo del Tesoro Nacional. Debe también incluirse en los edificios escolares el célebre Colegio de San Luis Gonzaga *alma máter* de una buena porción de nuestros actuales hombres públicos, y al cual dedicaré más adelante una página de cariñoso recuerdo.





Monumento Nacional á la Catástrofe de Cartago

Cartago, 19 de Dicbre. de 1910.

Sr. Director de *Páginas Ilustradas*

San José.

Señor:

Tengo el honor de comunicar á Ud. que en esta fecha ha quedado instalada la Directiva Central del "Monumento Nacional á la Catástrofe de Cartago" con el objeto de allegar fondos por medio de contribuciones voluntarias para erigir en bronce en una plaza pública de esta Ciudad, el simbólico grupo "Supervivientes" del inspirado artista cartaginés don Juan Ramón Bonilla.

No omito manifestarle que á este efecto ya se han principiado los trabajos de suscripción con tan buen éxito que el asunto presenta los caracteres de una realidad.

Sin más para la presente, soy de Ud.

Atto. S. Sdor.

M. CALDERÓN F.
Srío.

Con mucho gusto insertamos la circular anterior, referente á un asunto que merece la entusiasta simpatía de todos los costarricenses. Que el mármol labrado por un artista nacional inmortalice cuanto antes el recuerdo de la catástrofe que redujo á miseria y ruina la ciudad cuna de la patria.

Bodas

Una esquila que se nos ha enviado en estos días, y que nosotros agradecemos infinito, viene diciéndonos que Rubén Mora y Clemencia Antillón van á casarse; ó en otros términos, en términos que digan mejor lo que la palabra, con ser la palabra no pudo jamás expresar: Rubén y Clemencia, en breve han de ser muy felices.

Nuestros amigos, don Manuel Antillón y su apreciable señora, pueden considerarse satisfechos. Al desprenderse de su hogar el Angel que para ellos hasta hoy ha sido su Clemencia, para constituir con el feliz compañero de su hogar, otro hogar lleno de venturanzas, no hace sino cumplir la divina ley que nos obliga á ser uno, cuando antes fuéramos dos.